

XCV.

Ernesto se entró en su gabinete y empaquetó sus papeles.

En seguida trazó los siguientes renglones.

Eusebio:

«Habeis insultado á una mujer desgraciada. Sois un cobarde, puesto que á la sombra de una máscara publicais los favores de las damas. Cartas que debisteis guardar por pundonor, las habeis depositado en pagenas manos, colmándoos de villanía y torpeza. Si no contestais á mi llamamiento, os escupiré al rostro. Si mi saliva no os parece injuriosa, pondré mis manos sobre vuestra cara, para gravar allí vuestra cobardía y mi venganza.»

En seguida salió en busca de Eugenia.

XCVI.

Eugenia está acabando de adornar la blanca corona, que debía ceñir en el feliz día de sus bodas. Acababa de probarse su traje para ver si notaba alguna imperfección. Era su vestido de moaré blanco semejante á las nieblas de otoño heridas por el mustio rayo de la luna. Un velo de gasa de plata, prendido con cintillos de diamantes la envolvía en sus pliegues, rodeándola de una purísima y trasparente nube. La corona de azahar perdida entre los rizos de sus cabellos, le daba el aspecto de una graciosa virgen. Su rico aderezo de perlas parecía formado de lágrimas de la luna, y sus áureos brazaletes de rayos del sol forjados por maravilloso artista. La sonrisa de felicidad que vagaba por sus labios entreabiertos, la gracia de sus miradas, demostraban que había arribado al colmo de sus deseos.

Ernesto se apareció en el dintel de la puerta con pálido rostro, torvo mirar y fruncido ceño.

— ¡Mira qué hermoso traje! ¿No es de tu gusto? Exclamó Eugenia saliendo á su encuentro.

— Si. Deslumbradora estas, Eugenia, y los ojos no se cansan de mirarte, que es rara y peregrina tu hermosura.

Eugenia se ruborizó como se ruborizan las desposadas al pié de los altares.

— ¡Blanco el traje; blanco el velo; y los aderezos blancos! Todo en ti respira pureza. Esa corona de virgen ceñida á tus sienes resplandece con fulgores que iluminan mi alma.

Eugenia se estremeció, porque las palabras de Ernesto tenían un eco indefinible de amarguísima amargura.

— ¿No es verdad que nada hay semejante á la pureza?

Las almas castas son como esos ángeles de blancas alas, que en ensueños imagina el alma perdidos en el seno de Dios.

La mujer que ha manchado su corazón, es como la luna entre sombras, ni luce su hermosura, ni alumbra con sus rayos.

— ¿No es verdad que este velo cayendo como un raudal de plata de mi cabeza, prendido con estos diamantes es hermosísimo, y digno del momento feliz que nos aguarda? preguntó Eugenia.

Ernesto nada dijo.

— ¡Qué preocupado estás! Ni me miras, ni me respondes.

— Estaba embobado en ideas, que mis lecturas me inspiran, y que vuelan por mi mente sin ser parte á detenerlas la voluntad. Decía para mí, Eugenia, que el honor es la religión social de los hombres, y que perdida esa estrella ni el mundo puede albergarnos ni recibirnos el cielo: que honor es sangre de los nobles corazones y aliento de los levantados espíritus. Sin su esplendor la vida es pesadumbre, el placer martirio, la gloria mentira y vano eco la felicidad.

— ¡Siempre filosofando! Da treguas á tus pasiones literarias para escuchar á tu amor.

— No conocemos la tierra que huellan nuestros piés ni el cielo que corona nuestras frentes. Soy yo tan ignorante que no alcanzo á ver la deshonra oculta bajo el velo de la hermosura, ni la lascivia que encierra una divina mirada. Y despues diremos que somos los supremos señores de la tierra. Lo que el instinto presente, la razón no lo adivina. ¿Quién me digera á mí cuando apartándome de mis santos recuerdos, y desoyendo la voz de mi corazón, caí de hinojos ante una beldad adorada con delirio por este mi ciego espíritu que tanta fineza y tanto amor habian de ser vano engaño y torpe burla.

— ¡Ernesto!

— Mujer ¿sabes tú á dónde llega el dolor de un corazón engañado? ¿Comprendes lo que es perder dulcísimas ilusiones?

— Tornas á tus quejas. Por demás eres ingrato. Mintiendo amor me atrastras al pié de los altares, y en vez de adorarme tranquilo, rendido buscas medios para levantar negros zelos en el alma. No me amas.

— Ojalá fuera lo que dices: que el corazón no sufriría dolores tan amargos. Alcemos la frente que no pueda abatirnos la desgracia.

Dime Eugenia, ¿qué pena merece la beldad, que engaña á un rendido amante? La que fingiendo una virtud que ha perdido y una pureza que ha deshojado le atrae á sí, para grabar en su frente el sello de la deshonra?

— ¡Qué dices!

— El engaño es una burla, la traición un crimen. Si por engañadora merece desprecio, por traidora merece castigo. Si, que el desengaño la persiga hasta no dejarla un punto de reposo, y el corazón la martirice y la conciencia quite el sueño á sus ojos, la tranquilidad á su espíritu, y los hombres la rechacen y el mundo la maldiga y arrastre sus días; en el dolor y pérdida sus gracias con prematura vejez, y la muerte no se apiade de su amargura, y el justo cielo la confunda para siempre en los abismos; sujetándola á inmensa desesperación é infinito el dolor.

— Ernesto... ¡Estás loco! dijo Eugenia que temblaba de espanto.

— ¿Te acuerdas de una noche en que la luna brillaba alumbrando maldecidos amores, cuyo templo era un jardín?

Eugenia retrocedió demudada, al oír semejante pregunta.

— ¿Recuerdas los suspiros que recogió al aire; los besos que presenciaron silenciosas las estrellas?

— ¡Dios mío!

— Como los vapores de la noche huyó tu pureza. Como las flores de pasado día se agostó tu hermosura. Ni volverás á tener la estimación de los hombres, ni á sentir el amor de Dios. El desprecio te ha arrojado al olvido, como se arroja al polvo una perla que se quiebra.

Eugenia se cubrió el rostro con las manos.

— La mujer es un ángel; mas el día que pierde sus alas es por demás torpe su condición y degradada su existencia.

Eugenia sollozaba.

— ¿Por qué, mujer, no me digiste que como Sathanas estabas imposibilitada de amar! ¿Por qué no caraste tus oídos á mis quejas, y tu corazón á mis amores? ¿Sino tenías honra que dar, á qué arrastrarme á un amor que debía llagar para siempre mi lastimado pecho?

— Calla, calla, por piedad, exclamó Eugenia cayendo á sus piés.

— Eugenia: toma tus cartas; repásalas todos los días.

Oye, oye estas cortas palabras.

«¿Puede compararse la pérdida del honor con los placeres que el amor satisfecho y saciado suspira al corazón? Amar es sentir; sentir es gozar; que nuestras almas, como las aves para el aire, fueron por Dios creadas para el placer. He apurado el amor y si es cierto que la conciencia es juez y el remordimiento verdugo, no he cometido un crimen en amarte porque mi espíritu tranquilo ha dormido en paz arrullado por placenteros ensueños. Tal vez digan filósofos preocupados, oscuros de inteligencia y pobres de corazón, que amor es tan solo un sentimiento ideal, palabras que se contradicen como afirmar y negar. Nuestras pasiones deben ser hijas de nuestra doble naturaleza. El que ama espiritualmente debe causar-nos lástima porque olvida su pecho y asesina su corazón, el corazón que corazón rebosa sangre. ¿Y el matrimonio? me dirán. El matrimonio es para los corazones que no tienen escrúpulos en esclavizarse, y que arrastran una vida sin sentimientos, sin poesía, encadenados siempre al pié de los tiranos.»

— Son esas, Eugenia, las máximas que guardabas para tus hijos?

Durante tan tremenda lectura, Eugenia suspensa y confundida, se arrinconó á un lado de la estancia. Sus ojos chispeaban despecho y furia como los ojos del águila que ve vacío su nido.

— Ahora, Eugenia, ¿qué has hecho de la infeliz María? ¿Qué juicios de Dios han arrastrado esa divina prenda á tus manos? Yo estoy loco; ni sé lo que pasa por mi mente, ni entiendo lo que sufre mi corazón.

En seguida añadió para sí.

— En fin me he convencido de que las pasiones son mentiras, y los amores ensueños. La felicidad nunca se realiza. Es como las ideas que imagina el poeta. La humanidad la presente porque tal vez alumbró los derroteros de su vida, y al llegar á la aurora de la eternidad en el día de la muerte, sea esa soñada ventura su corona de estrellas. Todos nos despenamos por nuestras pasiones al abismo del desengaño. En el fondo de todo placer se encuentra... nada. Alcemos pues nuestra frente del polvo, y sacudamos las nieblas con que el mundo orna nuestras sienes. Desplegar las alas, que volar al cielo es nuestro destino. El que á Dios vuelve oye el suspiro de los cielos estremecidos de amor; el canto de las estrellas en las esferas; los ecos del arpa de la naturaleza llevados al través del espacio por el ángel de la vida en sus alas de luz; los cantares de los serafines perdidos en el océano de la Divinidad, y las palabras de consuelo, que prometen incesantemente la eterna verdad para la desfallecida inteligencia, el amor infinito para este nuestro corazón y á Dios en esencia para esta pobre y debilitada alma.

Despues de un corto silencio convirtió sus ojos á Eugenia.

— Dime, do está María. Nuestro amor es imposible; nuestra separación inevitable. El olvido coronará esta obra. Perdona si en un momento de despecho te maldigo. Has sido desgraciada mas que criminal. El mundo es implacable pero Dios es misericordioso. Acógete á su seno y encontrarás consuelos infinitos, esperanzas inefables. Pide al cielo remordimientos que es imposible al hombre borrar las leyes de su eterna sabiduría. Lloro, mujer, lloro. ¡Ojalá tus lágrimas no se agoten jamás! Una vida entregada al remordimiento asegura una muerte dichosa, y un porvenir bienaventurado. Eugenia... ¿Dónde está María?

Eugenia abrió una ventana, y mostró un monte ceniciento, que confundía su cúspide con últimos celajes del horizonte; dió un papel á un lacayuelo, diciendo:

— Ensilla dos caballos y acompaña al señorito á donde ahí verás.

Ernesto miró á Eugenia con amorosa mirada, y su conmovida voz pronunció estas palabras, tan tristes

como la despedida del moribundo al borde del sepulcro.

— Adios, Eugenia. Adios para siempre. Voy á vengarte.

XCVII.

Eugenia al ver salir á Ernesto, exclamó con voz enferma y desfallecido acento.

— Dios mío: ¡Maldita sea mi vida!

Despues se arrancó la corona de desposada; pisoteó sus diamantes; hizo girones el plateado reló, y golpeándose la frente se entregó en brazos de su desesperación. Sus labios murmuraban maldiciones; sus ojos despedían el fuego de los zelos; su pecho se ahogaba de rabia, y el dolor partía en pedazos su corazón.

Desarreglado el cabello, ensangrentado el mirar, desceñido el hermoso traje, se arrastró hasta la ventana.

Ernesto se partía á pié y solo. Había despreciado sus caballos. En la mano llevaba el papel que Eugenia diera al lacayo, y leía con avidez las señas allí escritas. La infeliz le vió alejarse, huir, desvanecerse, y su afanoso mirar se esforzó en vano por penetrar la cortina, que á su mirada oponían los árboles. Al ver que su amado desapareció; quiso llorar pero no pudo, que su dolor era como las tempestades del desierto.

— Morir, exclamó, esa es mi esperanza. Moriré, si, saboreando el placer de la muerte.

XCVIII.

Temo mucho ser enfadoso y prolijo. La complicada historia de Ernesto embaraza á mi pobre imaginación. Así no extraña el lector que me vea obligado á hacer algunos paréntesis, para darle cuenta de asuntos pendientes. Luisa escribió á su hijo. (Ya lo sabemos.) Mi Edgard Fichot envió la carta al correo. No se extravió y de consiguiente fue á dar en manos de Ernesto.

Este contestó:

Madre mía. Mi corazón es todo vuestro. No puedo acudir el domingo á la cita que me pedís; porque el lunes me caso. Iré el martes de carnaval al anoecer. Yo no veo en vos á mi madre. No me toca juzgar vuestras acciones. Solo puedo quererlos, y ya que la suerte me ha deparado volver á vuestro regazo, bendeciré la hora feliz en que os vea y pueda besar vuestras manos, y recibir vuestra bendición. Adios, madre. Yo os libentaré del tirano que os martiriza.

Ernesto.

Cuando Edgard recibió la carta exclamó.

Yo libentaré al hijo de la madre.

XCIX.

Era el anoecer del fatal día en que Ernesto despediéndose para siempre de Eugenia, se encaminaba al castillo, do cautiva estaba la desgraciada María.

La luna se levantaba en todo su esplendor sobre sonrosadas nubes que esmaltaban con su encendido color las orlas de los cielos, y la cima de los lejanos montes. Los arroyos desprendiéndose de sus argentados grillos, susurraban con voz suave, como si ensayaran por vez primera sus cadenciosos rumores. Jugaban las brisas con los árboles, y traían en sus alas amorosas promesas de nuevas hojas y lozanas flores. Un manto verde ornaba la campiña que empezaba á engalanarse para los festejos de la primavera. El pajarillo cantaba sus primeros amores, y corría en pos de las pajas arrastradas por los aires; para formar ya su nido en la copa mas alta de los álamos. Algunas florecillas nacían semejantes á las primeras palabras de la

ñeiz, porque su cáliz era tan tierno y su aroma tan puro como el aliento de un niño. En nuestras privilegiadas regiones, la primavera comienza á despuntar en marzo y naturaleza se presenta ya en ese mes tan risueña como una cuna de flores.

Antonio y María paseaban juntos por los alrededores del castillo. María miraba el cielo, y Antonio miraba á María. Quizá la joven no descubriese tanta luz en las alturas, como Antonio veía, difundida por las facciones de María.

—¿Suspirais? preguntó este.

—Suspiro por Madrid. No seas cruel, llevame á ver á mi padre. El pobre anciano llora mi ausencia, y padece por mí. Si tienes corazon, si mi amistad te es grata, aléjame te ruego de estos muros.

—¡Vuestra amistad! No sé si vale algo la amistad de un mortal. No creo en su sentimiento tan pregonado y tan desconocido. La amistad que no sea abnegacion, la amistad que no se sienta con fuerzas para tocar con la frente al heroísmo no merece tal nombre antes bien es una torpe profanacion de todo sentimiento venerando, de toda palabra sagrada. Y como yo en esta vida que vivimos no he visto héroes, saco en consecuencia que menos habrá amigos.

—Los sentimientos se sienten y se explican. Sé mi amigo.

—No puedo serlo; porque soy muy egoísta.

—Y por ventura conviene á tu egoísmo el detenerme aquí. ¿No consideras que tambien tú eres prisionero, y que ni para alejarte á do gustes, tienes libertad?

—No, aquí soy libre. Siento latir mi corazon. Respira el pecho con amplia libertad. En ese mundo, donde, todos me mandan, soy prisionero. Allí nadie me mira á la cara, nadie me dirige la palabra. Aquí el campo es mio, y vuestros ojos... En fin, no no quiero libertaros.

—¡Cruel!! ¡Y llegué á creer que me quería! dijo María sollozando.

—No lloreis, no lloreis por piedad, que me partís el pecho. Por una de esas lágrimas diera yo la vida.

—¡Oh! Aquí me ahogo. ¿No ves qué palidas están mis mejillas, que turbios mis ojos? Por las noches no puedo dormir.

—Sígueme. Ningun lazo de gratitud te une á Eugenia. Mi padre te adorara porque eres el salvador de su hija, y yo pondré en tí el cariño de una hermana, y la solicitud de verdadera amiga.

—¿Habrá para mí un lugar en vuestro corazon?

—Sí, libertador mio, sí.

—Perdonad María, porque os he causado muchos sufrimientos. Castigadme, si quereis, aborrecedme, si os place, pero dad á mi corazon el lauro de seguir mientras aliente mi pecho. No tengo padre. ¿Me negará el vuestro nombre de hijo? ¿Os desdenáis de ser mi hermana?

—Seré tu amiga; seré tu hermana. Mis dolores encontrarán en tí, Antonio, alivio y desahogo. Si vieras cuánto padezco. Lloro un perdido amor. Tú ignoras cuanto se sufre cuando el corazon ama sin poder declarar su amor. La desgracia me ha robado á mi amado. Sécanse los labios pronunciando su nombre; anúblanse los ojos recreándose en su imagen; el corazon se desgarrá, y... y... por fin vendrá la muerte.

—María; por compasion! exclamó Antonio herido en lo mas vivo de su pecho por aquellas palabras de infinito amor.

—En la noche no se duerme esperando que aparezca y no aparece. Así se marchitan las mejillas. El día se pasa mirando el llano, la montaña, el horizonte; por engañar con vanas esperanzas el deseo. He ahí porque se nublan los ojos. Viene la noche, y con el reclamo de la voz conmovemos los campos hasta que la garganta se enroquece, y el pecho se destraza. Y á tanto penar no puede, no, resistir la vida.

—No me habéis de amor. Huyamos, dijo Antonio?

—Si el campo es ancho, la libertad nos convida mi padre nos espera, y nos protege Dios.

Ambos jóvenes tomaron el camino de Madrid guarecidos por las sombras. Corrian gozosos en la soledad y sus miradas destellando regocijo, se posaban en el cielo con sin igual gratitud. El suave brillo de las estrellas, el mustio resplandor de la luna, el anchuroso campo abierto á su carrera, el murmurar de los arroyos y el gemir de las brisas, infunden altas ideas en aquellas dos imaginaciones exaltadas por el fuego del amor.

Pero entrada la noche, sobrevino intenso frio, y el cielo llovía algunas lágrimas, que se congelaban en las hojas de los árboles, y en el suelo de los campos. El cansancio rindió á María, y fue el frio parte para acobardarla. Antonio buscó en vano una choza donde depositar á la tierna joven, pues solo se descubria solitaria llanura limitada á lo lejos por el tortuoso curso del Jarama y no daba señales de tener vivienda alguna de guarecerse de los rigores de la cruda noche. El sensible y valeroso joven, conociendo que María fatigada por su carrera, se esforzaba vanamente por andar á despecho de sus desmayadas fuerzas, la cogió en sus brazos y contento con tan hermosa carga, no sentía pesadumbre alguna, antes por el contrario, corria á todo el correr de sus pies como si llevase un liviano, peso que amor vence imposibles y consigue lo que está fuera de todo término.

Y al fin sentía los latidos del corazon de María; la sostenía en sus brazos, la ayudaba en sus penas, recibía en los labios su aliento angelical, besaba con fervor sus rizos de oro, y se abismaba su alma en aquellas miradas de inefable gratitud. Su amor encerrado en el fondo del pecho no podia imaginar premio mas grande ni dicha mas completa. Privado de todo goce, aquella carrera era para él como el tránsito del alma que ansia volar á Dios, cuando despojándose de su cuerpo se levanta en los aires; ¿desplega sus alas y arriba gozosa á la eternidad.

¿Qué fácil es gozar en la tierra! Los hombres gastados, endurecidos, no comprenden los goces inefables del corazon. Y si apagan la centella, que el aliento divino encendió en todo humano pecho, ¿cómo han de aspirar los infelices á sentir su propio ser, en esos momentos que el alma se recrea contemplándose á sí misma en el espejo de su conciencia? Por fin dieron con una cueva, do María durmió bajo el cuidado de Antonio, hasta el siguiente día.

C.

Después de huidos ambos jóvenes, llegó Ernesto al castillo. Halló la puerta abierta, y entró corriendo en los salones. Nada vió mas que los resplandores de la luna, penetrando al través de los vidrios, dió voces, pero nada oyó mas que el ruido de los álamas heridos por el viento. Por fin topó con un criado, y le dijo:

—La Señorita.

—¿Perdon!

—¿Cómo?

—Debe haber huido.

—¿Sola?

—No. Con Antonio.

—Dejadme.

—El criado obedeció.

¿Con que tambien María huía de Ernesto? La felicidad es vana en sus promesas, engañosa por naturaleza, tan esquiva que nunca oye los humanos halagos, y tan cruel que jamás se compadece de nuestras tristes quejas, si no podemos gozarla, nos atrae, nos seduce, y cuando en pos de sus pasos corremos, se remonta á las nubes, y burla nuestros deseos. A veces toma un manto, se envuelve en él; roza con sus

Pliegues nuestra frente, y la dejamos pasar, sin apri-sionarla, porque no la conocemos; es tan amiga de la mentira que se prostituye hasta prestar sus gracias al dolor, y do creemos encontrarla hallamos la desdicha, y la nada!! La felicidad es el fuego fatuo emanado de nuestro propio corazon, encendido por nuestro mismo aliento, y aunque sea triste decirlo, aunque se levanten en tropel contra mí todos los esperanzados, confesaré á voz en grito, sin temor de que lo pasado me contradiga, ni lo porvenir me desmienta, que la felicidad, ese deseo innato á todo corazon, esa aspiracion constante de nuestra naturaleza no existe ni ha existido jamás, desde que el mundo oyó por vez primera la voz de Dios, que tronaba iritado sobre el espacio. La carrera del hombre por el mundo está regada con sangre. Do quier que el arte ha levantado una estatua, ó ha entonado un cantar, allí está encerrada una lágrima. El genio ha disipado los misterios de la naturaleza con ayes de dolor. El mundo ha conquistado su porvenir con la vida de sus hijos. La tierra es un vasto cementerio, los montes, y llanos sepulcros, los bosques, y florestas coronas de siempreviva, el rocío lágrimas de dolor, los astros fúnebres inscripciones grabadas por la mano de Dios en la inmensa lápida de los cielos, y la humanidad un cadáver.

CL.

La desgraciada Luisa, sola en su destierro pasaba los dias entregada al dolor. Maldecía en su despecho el instante, en que quiso escribir á su hijo, y revelaría en sus mientes, medios de burlar la venganza que su amante intentaba, y evitar el crimen á que le arrastraban sus ardentísimos zelos. Pero todos sus intentos chocaban contra las precauciones del francés, y ni tenia ser alguno con quien comunicar, ni abrigaba esperanza de salvacion. Dios la habia castigado, haciéndola apurar las heces de su crimen. Se entregó en brazos de un hombre, sin apreciar su propia virtud, sin oír la voz de la conciencia, abandonando á su hijo, y aquellos mismos brazos, á que fió su ventura, la ahogan sin compasion. Abandonada y solitaria gemía en su cárcel, llorando desesperados dolores, cuando entró Edgard con humilde talante.

CII.

Era de noche. La escasa luz de una bugía iluminaba la estancia. Luisa privada largo tiempo de toda compañía, se levantó gozosa, al oír crujir la puerta, quizá alentada por una engañadora esperanza, y volvió á caer en su sillón como herida de un rayo, cuando vió la pálida figura de su amante.

—No echabas de menos mi presencia, ni te movía el corazon á desear mi venida, Luisa, esquiva por extremo me desprecias, cual si en pasados tiempos no hubieras corrido á mis brazos, jurándome un amor, ¡oh! un amor, que has desmentido, una fe que infiel has olvidado; pero yo que premié con mi corazon tus caricias, y oí extasiado tu amorosa voz, he sido bastante fuerte para dominar mis instintos, y preparar el castigo que reclaman tus crímenes, á fin de que satisfecha quede la justicia.

—Ambos á dos hemos sido criminales, que si culpable fui en oír tu voz, culpable fuiste en tender redes á mi virtud; si falté al deber, siguiendo la morada del crimen sin mirar la cuna de mi hijo, al deber faltaste, cegándome con tus promesas, perdiéndome con tus halagos, y ya que tan oficioso andas en castigar delitos que provocaste, ¿por qué no pones el mismo cuidado en castigar los crímenes que cometiste?

—¿Crees por ventura que la justicia de Dios es desigual y dada á privilegios? No, Luisa, que tambien para

mis crímenes hay castigos, y para mi corazon, acerbos, y amarguissimos dolores. Yo te amo, mujer, sin que sean parte para apagar este desmedido amor, ni los años que pasen, ni la sangre, que en las venas se hiela, te amo con todo el delirio de una pasion infinita, con todo el furor de una conciencia culpable, sientos zelos, me muerdo por tus miradas, me pierdo por tus sonrisas, y daría mi existencia por poseer tus pensamientos, tus ilusiones y tu corazon; los dias de ventura que pasaron, nuestros coloquios al pié de las africanas palmeras, nuestros goces á orillas del Mediterráneo, nuestras caricias, que nos guardarán como delicioso recuerdo las arenas del desierto; martirizan mi vida, dejando un surco sangriento en mi memoria, y levantando un dolor infinito en mi corazon, que se ve faltó de aquellas dulces prendas de tu amor, y condenado al desprecio y al olvido. ¿Te parece, pues, poco castigo haberte consagrado mi vida, cuando tú me consagrabas tu desamor, y martirizarte ahora; y tener que castigarte irremisiblemente, amándote con delirio?

—Si me amas, oye mis quejas, y ablándote con mis lágrimas, piensa que soy madre, y que inocente, mi hijo es culpable de mis desvarios, ni nada debe en esta estrecha cuenta, que de mis acciones me pides. Yo le amo, porque naturaleza puso en el corazon de las madres ese amor que vence á todo amor, y perderé por él mi vida, porque conservándole la existencia que le di, cumplo fielmente con las voces que da mi corazon, así es que no pretendas consumir mañana un crimen horrendo en esa cita, que en mal hora di á mi hijo; porque antes me sacarás el corazon del pecho que permita yo acudir á donde la traicion espera á Ernesto, para saciar en él una cobarde venganza.

—Yo, Luisa, castigar á Ernesto! Le odio, porque es prenda de tus amores; pero conozco que mis zelos son muy bárbaros; cuando me incitan á odiarle. Pero el castigo que medito, es para tí, que me engañaste, pintando sentimientos que no tenias; para tí, que me seguiste por comodidad, y por despecho; para tí, que te entregaste á mi amor sin amarme, cometiendo el mas inicuo de los delitos; atrayendo sobre tu frente el mas horrendo de los castigos.

—Oh, Perdon. Yo te amo.

—Mientes con torpe villanía. Me amas, y deseas desasirte de los lazos que nos unen, y maldices mi cariño, y confiesas que solo negro odio guardas para tu amante en las entrañas, y te quejas amargamente del cautiverio de mi amor. Luisa. Si una vez me engañaste, mi credulidad y tu falsía tienen la culpa; pero hoy he conocido tu vileza, cuando por temor no tienes escrúpulo en engañarme segunda vez, como si estuviera muy dispuesto mi corazon á creerte.

—¿Qué intentas?

—¿No lo comprendes? No intento abandonarte, porque aun no has renunciado al amor, y temo mucho que sirvas de despojo á nuestros triunfos, ni tenerte á mi lado, porque no es bien padecer siempre dolores infinitos, y recelos indecibles, ni entregarte á tu hijo, que madre culpable y criminal para deshonrar vale tan solo en el mundo; y la deshonra hace infeliz para siempre al mortal que resignado la sufre. Te uní á mi destino, y quiero que con tu desamor te hundas para siempre en la desgracia.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero matarte.

—Dios mio!

—¿No has acabado tú con mi corazon? ¿No has asesinado traidoramente mi felicidad? ¿Y vale algo la vida comparada con el corazon, y con la felicidad? Somos muy preocupados. Ponemos sobre todo crimen el homicidio, y no juzgamos con tanto extremo esos sordos asesinatos del desprecio, que matan, y aniquilan para siempre un corazon. Luisa, segun mi desconsoladora filosofía, mereces la muerte.

—... No puedo creer que tanto odio se encierre en ese pecho colmado antes de mi amor. ¿Olvidas que endulcé tus amarguras, y vertí á torrentes, felicidad en tu vida? ¿No traes ya á la memoria aquellas noches de luna, testigos de nuestros amores, en que te juraba ser siempre tuya, juramentos mas dulces á tus oídos que el canto de las brisas, y el suspiro de los mares?

—No profanes lo pasado. Déjame al menos saborear el consuelo de mis recuerdos. Yo, Luisa, te oía con fe, sin imaginar siquiera que pudieras engañarme, y me espanta que invoques memorias, que te condenan. No supliques, porque soy sordo á tus súplicas; no traigas en tu favor lo pasado, porque es aumentar el número de tus crímenes, y avivar el recuerdo de mi debilidad; no pintes sacrificios, que no consumaste, sino por egoísmo; no intentes defenderte, porque para tanta culpa no hay defensa; yo soy tu víctima, tu juez, y tu verdugo. Como víctima te perdono, como juez te condeno, y te mataré como verdugo.

—¿No hay una esperanza? ¡Matarme! No. No. Por caridad.

—¿Ahí tienes ese veneno, dijo sacando un plateado pomo.

—No le beberé, no.

—Pues mira, ó ese veneno para ti, ó este puñal para tu hijo.

—Para mi hijo. No. El no es culpado. Clávalo en mi corazón. Aquí lo tienes. Pero mi hijo no puede morir á tus manos. Sufra yo sola tanta desgracia. Pero él... él... sea feliz. Hijo mio. Hijo mio... Tu madre te abandonó, y tal vez te matarán por tu madre. Quiebra, quiebra ese acero. Que no le vean mis ojos. ¿Y serías capaz de atravesar su pecho, y llegar hasta su inocente corazón? No, no es posible.

—Tu no sabes, Luisa, como embriagan los celos. No conoces como halaga el deseo de venganza, y con que voz tan torba, habla el despecho. También tengo mis instintos de virtud, mi horror al crimen. ¿Quién no los tiene? El leon acomete arrastrado por el hambre.

—Y si los tienes, ¿por qué no los sigues?

—Porque los sacrifico en aras de mi venganza.

Luisa se retorcia los brazos; se maltrataba el rostro, y se arrastraba á los pies de su tirano amador pidiéndole perdón y misericordia. Pero ni dolor le inmutaba, ni le vencían lágrimas, ni le ablandaban quejidos, ni parecía dolerse de los duros golpes que desolada daba Luisa contra el suelo. Agotó la infeliz promesas y caricias, juramentos de amor, y protestas de remordimiento, y cansada de luchar, y reluchar contra aquel hombre de piedra, apeló al último y mas desvalido recurso, á las amenazas.

—Gritaré.

—Nadie te oirá.

—Si me llevas á esa cita, medios tendré de hacer conocer tus intentos, y daré contigo en una cárcel.

—No irás. Si ahora mismo no bebas ese veneno, iré yo en persona mañana al Retiro, y clevaré este puñal en el seno de tu propio hijo. Al anoecer en este tiempo no hay gente en el Retiro. El laberinto de los árboles, y la oscuridad de la noche me ofrecen mil caminos abiertos á la huida, y tú, madre implacable, madre cruel, tendrás el placer de ver morir al hijo de tus entrañas, cuando en tu mano está libertarte de tan amargo trance. El es joven, tú entrada en años; él abriga ilusiones, tú encierras falsías; él es una flor que abre su corola, tú, una rosa de marchito cáliz, y marchitas hojas.

—Hombre cruel, y quieres que yo acerque ese veneno á mis labios, y muera desesperada y dolorida, blasfemando del cielo y enemistada con Dios.

—En mala sazón acuerdas infeliz de que con Dios perdiste la amistad, y ese tu tan liviano escrúpulo es hijo de un temor, que bien poco te honra.

La muerte es tan natural como la vida, se entornan los ojos, suspira el pecho, padece el corazón, la memo-

ria nos aterra con sus imágenes, la conciencia nos martiriza con sus remordimientos, huye la luz, se evapora la sangre, pugnan un momento alma y cuerpo, despues nos sobrecoje pesoso sueño, y dejamos caer nuestra cabeza en el sepulcro. ¡Es tan fácil!

—¿Tendrás valor para ver como se oscurecen mis ojos que te buscan, y pierden su color mis labios, que tantas veces pronunciaron tu nombre, y huye el aire de mi pecho, do grabada está tu imagen, y se agota mi corazón encendido en tu amor?

—Me haces reír, Luisa, y me inspiran lástima tus artes, tus amaños. No prolongues esta hora de agonía. Elige, ó el veneno para ti, ó el puñal para tu hijo.

—Pues bien, mata á mi hijo.

—Es digna de tu corazón esa sentencia de muerte pronunciada por los labios de una madre. Le diste el ser, y ahora se lo robas. No podía el infeliz esperar menos de tu misericordia y de tu amor. Tú, madre, clavas el puñal en las entrañas de tu único hijo. Tu verás correr gozosa su sangre, la sangre que por tu voluntad embeberá la tierra. Prefieres tu vida caduca, tu vida de desesperación y de lágrimas, tu vida, tormentosa, y maldicida á la vida de tu hijo rica en esperanzas, llena de porvenir.

¿Y qué haces? Prolongar tu martirio, porque es justo que pagues tu crimen de parricida. Yo te ocultaré en las entrañas de la tierra, para que la tierra te devore, yo te negaré la luz; que ojos anublados de sangre no merecen ver el sol; yo te cargaré de cadenas para que no te muevas de tu sepulcro, y te pondré una mordaza para que no des vanas quejas al viento. Y en tu prisión la sangre de tu hijo destilará gota á gota sobre tu frente. Luisa se arrojó sobre Edgard; y arrebátandole el pomo apuró la ponzoña hasta las heces.

CIII.

El Retiro se presenta en marzo despojado de su verdor, pero no de sus encantos. En medio de los desnudos árboles aun lucen las estatuas y los estanques, y brilla el cielo diáfano de Madrid. La corte necesita de un cielo muy puro, para que contraste con la pestilencia de la tierra. Aquí donde todos están apegados á los goces, y todos andan perdidos por allegar pobres riquezas; un horizonte trasparente, azul enseña el último término, á do deben caminar nuestros deseos. La noche serena, sembrada de astros nos inspira grandes ideas en medio de las luces del gas, del ruido de los cafés, de los impúdicos cantos de los ciegos, y de los tristes ayes de la indigencia que, por do quier amargan nuestro corazón.

Las brisas consoladoras suelen traernos en sus alas algun aliento divino, que refrigera nuestro espíritu, aunque nos encontremos en la Puerta del Sol, donde todo vicio encuentra su campo, y toda empresa empresarios.

Por el bosque de la derecha del estanque, Ernesto, distraído, observa el cuadro que se presenta á su vista. El cielo está sereno, y aun resplandecen los últimos rayos del sol que acaba de hundirse en su ocaso. Madrid, suspira, llora, se queja como ciudad maldicida de Dios, entregada á la desesperación; las místicas estrellas con suave luz, van apareciendo entre los arboles del horizonte, y las pálidas luminarias de gas, como estrellas de la tierra, empiezan á destellar entre los vapores de la corte. Las torres de las iglesias deben en esa hora mística y sublime saludar con sus lenguas de bronce á la Madre de Dios; pero su oración se confunde en el ruido de los coches, el gritar de las máscaras, y las carejadas de las gentes. Allí en el Retiro aun se respira un aire embalsamado, y se ve una orla del manto de la naturaleza; aun puede recogerse el alma en sí misma, y vagar un momento per-

dida en sus ideas y en sus oraciones, sin temor de que la distraigan las importunas sabandijas que llenan y embarazan con las aceras de la corte.

Alguna idea de estas que tienen tanto dominio en el corazón acariciaba Ernesto, cuando Edgard, acercándose á él, le dió una palmadita en el hombro. Saludóle el joven, y preguntó lo que de él quería. Edgard le entregó la siguiente carta, y se partió sin añadir palabra.

«Hijo, mio: Aun no es tarde. Te espero aquí en mi casa. Es la única casa de tu tío, en el cuarto segundo; pronto, pronto; ven, ven por Dios. Quizá no sea tarde.»

LUIA.

Esta carta, alarmó á Ernesto. Bien se echaba de ver por su estilo y por su temblorosa letra, que Luisa le hablaba en un gran apuro. Ernesto quiso interrogar al emisario, pero habia huido. Determinado á obedecer á su madre se encaminó con precipitación hácia su casa.

CIV.

Luisa daba señales de una próxima muerte. Sus ojos desencajados no podían fijarse largo tiempo en un objeto. Su respiración era cortada y fatigosa. Una palidez mortal cubria su rostro, y en sus facciones echábase de ver que la vida se apagaba por momentos, y que aquel cuerpo iba á ser pronto pasto de la muerte. La infeliz era presa de un mortal delirio.

—Una cuna... y en ella mi hijo mas hermoso que el sol. Y yo despiadada me arrojé al mar con un hombre que no conocía. Mi corazón se quedaba en la isla. ¿Pero no le muerto á mi hijo? ¿No estará á estas horas, arrojando del corazón la última gota de sangre? Allí le veo; descompuesto el cabello, entornados los ojos, perdida la color, batallando con la muerte que traidor puñal le ha causado. Aparta, aparta, bárbaro que ya muere su madre. Temes que el veneno no me mate. Mirame, y verás como ya muero. Mirame morir, y perdónale.

Edgardo mio, perdónale por tu amor.

Yo te amé, y tú me has asesinado. ¿Por qué no escogiste otra muerte? Este veneno que por mis venas corre, es como fuego y me abrasa; y padezco como deben padecer los condenados en el infierno. ¡El infierno! ¿No va á ser el infierno mi morada? A una madre cruel, á una criminal esposa, á una mujer sin virtud no le queda mas remedio que caer en las llamas eternas. ¡Dios mio! ¡Perdon, perdon! ¡Y ha sido Edgard mi verdugo! El, él; por quien no temí el infierno... Tengo frío... Me hiela de espanto la muerte. Héla allí; se rie de mis tormentos la despiadada; y con sus ojos vacíos, me mira insultando mi dolor. Hijo mio, hijo mio. No viene. Hijo, hijo, perdona á tu madre.

—Madre; madre mia, exclamó Ernesto, entrando, precipitado y cayendo rendido de cansancio y de incertidumbre á sus pies.

—¿Hijo mio! gritó Luisa echándose en sus brazos. Hijo, hijo... ¿me amas? Soy tu madre. ¿No me conoces? Deja que te bese; que mire tus ojos. ¡Qué hermoso eres, hijo! Abrazame. Esos brazos son mi delicia. Ese corazón es mi dicha, mi esperanza, mi cielo. Yo no quiero separarme de ti... que venga á separarnos, y probará el infame la cólera de mis iras. Tú eres mi hijo, y amarás á tu madre, y la sostendrás en tus brazos; y en esta vida serás mi apoyo, porque yo me voy contigo. Quiero libertad, y mi adorado hijo quiero á mi lado el hijo de mis entrañas.

Y le besaba con el delirio de la agonía, cayendo despues sin fuerzas con voz silenciosa.

—¿Con que os veo, madre, para perderos? Los únicos brazos que para reposar me ofrecia el mundo se cierran; y desaparece el único seno donde imagi-

naba yo reclinar mi cancerada frente. No, madre, no morireis; mi aliento os prestará vida, mis venas sangre. No, madre que en esa tierra desierta me quedo abandonado á mi dolor sin una piedra donde sentarme, ni un árbol que me ofrezca su sombra. Yo, madre, he nacido para amar, y la desgracia ó el crimen me han robado todos mis ensueños; y vos, vos, madre mia, sois el único refugio de mis muertas esperanzas.

—¿Y te abandoné, Ernesto mio; y eres tan generoso que no me maldices?

—Yo maldeciros, madre; no, nunca. Sois mi madre. No sé mas. Mi corazón os adora, y solo pide vuestro amor.

—Hijo. ¿No ves que la muerte entorna mis ojos? ¿No sientes que la vida huye del corazón? Un sacerdote... Un sacerdote por Dios.

Luisa habia pedido en vano todo el día un sacerdote. Como nadie la oía, nadie accedió á sus quejas. Ernesto, gritó por toda la casa á ver si alguien se compadecia de la suerte de su madre; pero la casa estaba abandonada y desierta. Volvió al lado de Luisa con el corazón hecho pedazos, aunque intentó lanzarse á la calle en pos de los últimos auxilios de la religion. Luisa le dijo que ya era tarde.

—Dios no me perdonará.

—Si, madre, no desconfiéis de su infinita misericordia. Desde lo alto de una cruz, en el momento supremo de su agonía, un criminal invocó su clemencia, y voló desde el patíbulo al cielo. Madre, vos sois ya la única esperanza de mi vida, la única pasión de mi alma. Desengañado del mundo vengo á vuestro regazo, que tal vez la luz de esos ojos me torne á dar la ya perdida inocencia. Madre mia. El mundo es un desierto; sus dolores, y sus placeres son mentiras. Desesperanzado, vuestra dulzura me dará aliento descreído, vuestra palabra me tornará á la fe; abandonado, vuestro amor será mi compañero; dolorido, vuestro tierno mirar llevará consuelos sobre mi vida. Madre, ese aliento me volverá la quietud de la infancia.

—Hijo, hijo. En mal punto nos unió la desgracia. Tú has venido para ver morir á tu desgraciada madre. Hijo mio, perdóname. Yo debí evitarte este nuevo tormento. Pero temí morir sin una lágrima, sin una oración.

—Una lágrima puede salvaros; que abiertos tiene Dios en el cielo los brazos para recibir á los pecadores.

—He leído la-Biblia todo el día, y me ha espantado su justicia.

—No temais, madre, que el Eterno ha firmado ya su alianza con los hombres, y nos ha dado en prenda la sangre de su hijo. Grande es Dios en el Sinaí rodeado de todos los atributos de la magestad divina, el trueno le precede, el rayo le acompaña; una luz divina le cubre, y las nubes son su trono; pero si grados de grandeza pudieran caber en la Divinidad, mas grande es Dios en otro monte, en el Calvario; allí entre dos ladrones, rodeado de un pueblo que le mofa y escarnece; lívido el rostro, helada la sangre, empapados los labios en hiel y vinagre; levantando los ojos al cielo para decir no que el fuego divino consuma las ciudades de Pentápolis, sino.—«Padre mio, perdónalos que no saben lo que se hacen;» grande es la religion del poder, pero mas grande es la religion del amor; grande es Dios en el Sinaí dando un código á su pueblo, pero mas grande es en el Calvario sellándolo con su sangre.

—Habla, hijo mio, habla; tu voz y tus oraciones me salvarán en este amarguísimo trance.

—Dios por el pecador se desprendió de los brazos de la eternidad, y atravesó los mundos, y ciñó coronas de espinas, y vertió lágrimas de sangre. Su infinita misericordia resplandece en la naturaleza. Las flores beben su aliento, los astros se bañan en su luz, y los cielos se vivifican con su mirada. Por eso Dios que tiene luz y vida para la naturaleza, tendrá en otra vida mejor, amor y gloria para el hombre. Ma-

dre, llorad, y el perdón de Dios caerá sobre vuestra frente en esta postrera hora de agonía, y sublimada con el arrepentimiento, y regenerada con la aceptación de esta dolorosa muerte, podéis dirigir una mirada de lástima á la tierra que abandonáis, desde mundos mas bellos y cielos mas resplandecientes. Dirigid á Dios vuestras oraciones. ¿No habeis visto el trémulo resplandor de las estrellas? Es una oración. ¿No habeis aspirado el aroma de una flor? Es la esencia de un alma que sube en ondulaciones á Dios. ¿No habeis oído el canto de las auras ó el trinar de las aves? Son esa armonía, amorosos suspiros que se pierden en los inmensos cielos; y el sol que alumbrá á los astros, y la lluvia que refrigera á las flores, y la enramada que protege á las aves, es la mirericordia de Dios, que oye todas las plegarias y da á todas sus criaturas el instinto de su amor. Volved, madre mía, los turbios ojos al cielo.

—Me vuelves la vida. Me siento mejor. El veneno se ha dulcificado. Me parece que aun puedo resistir por unos breves momentos. Vé, hijo; vé por un confesor. Todavía Ernesto, sobra tiempo. Salió á la calle, y aun no habia abandonado la casa, cuando se dibujó en la pared de la estancia la sombra del francés.

CV.

—¿Hombre cruel, vienes á gozarte en mi agonía?

—Vengo á morir contigo. Cansado de sufrir ya me he decidido por la muerte. En mi delirio no hallé otra esperanza. Yo te amaba, Luisa, mas que á mi mismo; te amaba con frenesí, y sin embargo he tenido valor para aplicar á tus labios ese breva, que acaba con tu existencia. ¿Qué haré de mí? Me aborrezco, y no encuentro muerte proporcionada á mis delitos.

—No traigas á mis oídos los presentimientos del infierno. Acabo de oír hablar del cielo, y mi alma se recogía en sí misma para pedir á Dios perdón.

—Misericordioso ha de ser Dios, si te perdona.

—No me martirices.

—Una mujer adúltera y criminal, sería una mancha en el cielo.

—¡Ay! me asesinas otra vez. Ten compasión... Me muero...

—Yo iré al infierno. Quiero arrastrarte conmigo hasta aquel antro de perdición. Dios no puede separarnos. Hemos nacido el uno para el otro. Allí nos reiremos con amarga risa de nuestros amores. Allí nos abrasaremos en el fuego de nuestros propios crímenes.

—¡Dios mio, Dios mio, compadéceme!

—En mal hora le llamas, en mal punto te arrepientes. Cuando ya no hay sangre en tus venas deseas purificar tu sangre. Cuando no hay vida en tu pecho anhelas por enmendar tu vida. Escarnio y mofa ha de ser ese importuno desvarío.

—Señor, yo te llamo.

—No le llames, porque no te escucha; que voz tan enferma y tan viciada no puede llegar hasta los cielos.

—¡Misericordia, Dios mio! ¡Misericordia!

—Dios. ¿Por qué no imploraste su amparo, cuando ibas á caer en el vicio? ¿Por qué no arrostraste la vida de los mártires, y ahora en tu agonía verías aparecer en las nubes la palma de la victoria?

—¿Quieres que me condene?

—Sí, Luisa, porque de otro modo no podría volver á verte.

—Hasta la eternidad me sigue este nefando, este maldito amor.

—¡Dios mio! dijo Edgard levantando la voz, maldicid esa pasión, y condenad á la mujer que la encendió en mi pecho.

—La puerta. ¿Oyes ruido? El confesor. Caridad... Salvación.

—No entrará, exclamó Edgard, cerrando con furia la puerta, y guardándose la llave en el bolsillo.

—Madre, madre, exclamaba Ernesto con desesperado acento.

—Oid, oid mi confesion sacerdote, de Dios, dijo Luisa arrastrándose hasta la puerta.

—Abrid, abrid, gritó el sacerdote.

—No puede ser, exclamó Edgard.

—Hablad, penitente, dijo el sacerdote; aunque no os veo.

—Vendí á mi marido, abandoné á mi hijo... ¡Ay!... ¡Ay!... yo muero... y...

—Y engañó á su amante, dijo Edgard abriendo la puerta al tiempo mismo que Luisa acababa de espirar.

—Madre... Madre... gritó Ernesto, cayendo sobre el cadáver.

El sacerdote, alzando los ojos al cielo murmuró la oración de los difuntos. Edgard salió como un relámpago de la estancia.

CVI.

El amante se dirigió á casa del juez, é hizo la siguiente declaración:

«Doña Luisa Utiel, que acaba de morir en la calle de Fuencarral, número... cuarto 2.º, ha sido envenenada por mí, Edgard Chevalier. Hágase la autopsia, y se verá la verdad de mi declaración.»

Intútil es decir que Edgard fue encerrado en el saladero.

CVII.

María por fin llegó á Madrid, último término de sus deseos. Con rápido paso se encaminó seguida de Antonio á su bohalla. Su corazón palpitaba, porque el aire de la libertad es tan benéfico como las brisas que nos dan vida y contento. Pero María que jamás se vió libre de penas, fue víctima de un nuevo dolor, que amargó mas aun su ya amargado corazón. Cuando entró en su estrecha vivienda, se encontró á su padre tendido en un lecho, sin conocimiento, casi sin vida. En sus manos tenia una carta, en sus labios una amarga sonrisa, en su frente una nube de angustia y de muerte.

María se arrojó sobre la cama, é intentó en vano abrazarlo. Don Pedro la arrojó fuera de sí exclamando: «¡Tú no eres mi hija!»

María arrancó la carta que su padre tenia en sus manos, y leyó el siguiente anónimo.

«Don Pedro: sois muy condescendiente.

«Consentís en la desgracia de vuestra hija. La hemos visto en Aranjuez en casa de su amante. Ahora nos regalará con el dinero que el comercio de su honra le rinda, y poco os importará, con tal que comais á tanta costa.»

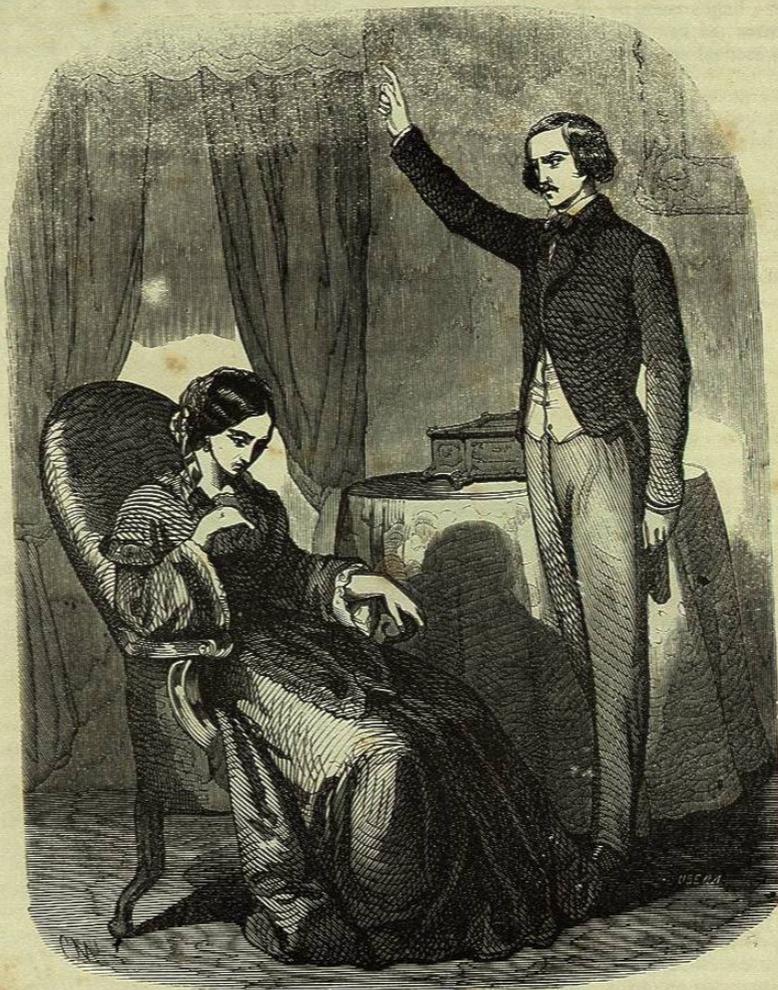
—Tú no eres mi hija, exclamó don Pedro mirándola con torvos ojos. Mi hija era un ángel de luz, era un retrato de su pura madre. Tú eres una mujer perdida, una mujer sin honor. Yo soy un malvado, que voy á asesinar á tu amante... Ja, ja, y don Pedro se reía con risa convulsiva y feroz.

Se le habia vuelto el juicio.

María cayó desmayada en el suelo. Antonio sollozaba á sus piés.

CVIII.

Don Braulio, á quien el lector no habrá olvidado, estaba ya en Madrid cansado de la vida de provincia, que no es muy á propósito para grandes empresas comerciales. Con el negocio de su desgraciado casamiento se habia abierto una gran brecha á su mal allegada fortuna, y estaba muy ageno de imaginar que



ERNESTO Y LUISA.